

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Evelia Trejo

“El progreso: de la idea a la historia de la idea. Dos textos en los extremos del siglo”

p. 37-54

El historiador frente a la historia: historia e historiografía comparadas

Alicia Mayer (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

156 p. + [XVI]

Figuras

(Serie Divulgación 11)

ISBN 978-607-2-00292-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de marzo de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/501/historiador_historia.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EL PROGRESO: DE LA IDEA A LA HISTORIA DE LA IDEA. DOS TEXTOS EN LOS EXTREMOS DEL SIGLO

EVELIA TREJO

Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México

“Acción de ir hacia adelante. Avance, adelanto, perfeccionamiento”, de esto se trata el progreso según dice el diccionario. Y, a decir verdad, me resulta difícil pensar que alguien tenga una opinión distinta. Por lo cual, considero que existe una aceptación general, una idea común, sobre lo que se entiende con el término. Sin embargo, lo que no necesariamente hace participar a todos por igual de una misma noción es el contenido que se puede dar a tal palabra cuando se aplica a un concepto tan concreto y a la vez tan vago como el de la historia. ¿Hay progreso en la historia?, o dicho de otra manera, ¿la humanidad progresa con el paso del tiempo? Desde luego no tengo una respuesta, ni pretendo alcanzarla. Lo que sí puedo decir es que el progreso como idea aplicada a la historia tiene su propia historia y, como suele suceder, una historia que puede ser contada de distintas maneras. Mi propósito tampoco es intentar una versión acerca de ello.

¿Cuál es entonces la razón para hacer acto de presencia en este ciclo?

Una mucho más limitada. Quiero agradecer a la doctora Alicia Mayer, directora del instituto, la oportunidad de presentar ante ustedes algunas reflexiones sobre una tarea pospuesta desde hace tiempo y que sin duda habré de abordar más adelante con mayor dedicación, de la cual por lo pronto solamente ofrezco la introducción a un ejercicio comparativo que propuse movida por el interés en revisar dos muestras historiográficas heredadas del siglo xx que me parecen dignas de atención.

Sin más preámbulo, me explico. Llegó a mis manos hace aproximadamente quince años un libro grueso (494 páginas), sin notas, editado por Gedisa dentro del grupo de obras dedicado a ciencias sociales y en particular del subgrupo sociología, que desde la primera vista me resultó un auxiliar para mis cursos de Historiografía General. Su autor, Robert Nisbet era, según su propia presentación, un profesor en la Universidad de Columbia que contó con los recursos necesarios para llevar a cabo su investigación de esta *Historia de la idea del progreso* en los años setenta, cuya publicación en inglés se hizo en 1980, por Basic Books, y en español, en 1981 en Barcelona. Yo adquirí la segunda edición, la de 1991.¹

Establecí desde mi primera lectura una relación ambigua con este libro. La ausencia de notas referenciales o aclaratorias, el papel, el formato, en fin, el objeto en sí no resultaba tan atractivo como el tema. Sin embargo, me dejé llevar por éste en una actitud de asombro e incredulidad que hasta la fecha me acompaña cuando lo leo. La portada de esa edición en particular sigue siendo un enigma que no he tenido tiempo de resolver y sobre el cual podría especular gracias a una anécdota curiosa que habré de relatar en algún momento.

El asunto es que desde la primera lectura del libro de Nisbet tuve la sensación de que estaba obligada a compararlo con un clásico sobre el mismo tema, del que tenía noticia pero no había incorporado a mis tareas. Por fin llegó esta oportunidad: un libro más breve (325 páginas) y de formato más pequeño: *La idea del progreso* de John Bury, publicado en Madrid en 1971 por Alianza Editorial, correspondiente a la sección de humanidades,² era desde hace muchos años el objetivo que tenía en mente, tratándose como era el caso de una obra mucho más antigua que la de Nisbet. Lo que no pude apreciar en aquel entonces era la posibilidad que me darían las dos publicaciones de situarlas como equidistantes del principio y el final de un siglo, cosa que hoy cobra importancia para mí.

¹ Robert Nisbet, *Historia de la idea del progreso*, trad. de Enrique Hegewicz, 2a. ed., Barcelona, Gedisa, 1991, 494 p.

² John B. Bury, *La idea del progreso*, trad. de Elías Díaz y Julio Rodríguez Aramberri, Madrid, Alianza Editorial, 1971, 327 p. (El Libro de Bolsillo).

I

A veinte años de que comenzara el siglo xx, Bury dio a conocer su obra que en inglés lleva un título más largo: *The idea of progress. An inquiry into its origin and growth*. Veinte años antes de que concluyera ese mismo siglo, como he señalado, Nisbet publicó el suyo.

Sin duda fue el tema lo que me convirtió en una cautiva de sus líneas. El progreso en la historia es una cuestión que se cuele siempre que nos aplicamos a la detección de aquellas ideas que nos ayudan a explicar cómo resuelve el historiador el orden y el sentido de un relato. Pertenece al reino de la hermenéutica, y como se verá, especialmente al de la etiología, eso de dar mayor o menor relieve a los sucesos que nos empeñamos en presentar y en relacionar con orígenes y fines. De manera que para mí no resultaba novedoso encarar el caso del progreso como idea. Lo que en cambio me suscitaba dudas era justamente en qué medida esa idea estaba compuesta de los mismos elementos en los diversos tiempos y sobre todo, una vez frente al hecho de que dos historiadores se hubieran dispuesto a escribir la historia de la idea, me intrigaba averiguar la exposición, el nudo y el desenlace de tan singular historia. Para añadirle suspenso al asunto, era más que evidente ya desde mis lejanos años de estudiante que del progreso se hablaba como algo susceptible de ponerse en duda.

En el curso de sesenta años, es decir desde 1920 hasta 1980, ¿qué pasó con la idea del progreso y qué pasó con la historia de la idea? Sobre ambas cuestiones quiero tejer un conjunto de consideraciones.

Comienzo con la segunda pregunta para aventurar algo sobre la primera antes de concluir estas páginas. Y en el afán de conocer qué pasó con la historia de la idea, limito mi observación a los planteamientos que se desprenden de las dos obras anunciadas. Aunque mi primer acercamiento formal fue a la obra de nuestro contemporáneo, el profesor norteamericano de la Universidad de Columbia, por respeto al curso del siglo que me vio nacer, seguiré el orden de los tiempos y atenderé primero a algunas de las propuestas y argumentos del historiador inglés Bury, para destacar posteriormente aspectos del relato de Nisbet que llamaron mi atención.

La dedicatoria “a la memoria de Charles François Castel de Saint Pierre, Maric Jean Antoine Nicolas Caritat de Condorcet, Auguste Comte, Herbert Spencer y otros optimistas mencionados en este volumen”, como anota John Bury en la primera página de su obra, es elocuente, porque con ella pareciera poner en entredicho su propósito de no manifestarse respecto a la idea, sino limitarse a realizar una investigación histórica sobre su génesis. Y es que, independientemente de la pulcritud de la investigación que nos ofrece, es evidente que frente a la duda de hacia dónde puede conducir, Bury se inclina por el optimismo que mueve a quienes han argumentado con mayor decisión a favor de la idea de progreso, aunque no pierda de vista la disyuntiva posible entre perfeccionamiento de saber y perfeccionamiento moral que tanto ha dado qué decir.

Subrayo que a lo largo de sus páginas Bury deja ver cuando menos dos cuestiones de suma importancia: por un lado, la dificultad con la que se va abriendo paso una idea, es decir, los elementos que obstaculizan su origen y su afianzamiento; por el otro, la relevancia que tiene su presencia en la cultura occidental, que —está por demás decirlo— es su principal promotora. Dentro de ella, Bury reconoce que tiene un lugar prominente al pensamiento que se ha dado en Francia.

Apenas iniciada la obra, en el prólogo, es de notarse el empleo de tres palabras: doctrina, ideal e idea, asociadas a la palabra clave: progreso. Y para hacer más complejo el panorama, nos recuerda que términos como libertad, democracia y aun socialismo son nociones que reclaman relación con ella. Para mí, simplemente con esto, se torna interesante lo que viene.

Un breve alto en el camino me parece obligado. Elijo algunas de las acepciones de palabras que necesito precisar. Por *doctrina* se entiende la “Enseñanza que se da para instrucción de alguno. Ciencia o sabiduría. Opinión de uno o de varios autores en cualquier materia.” Y, también, en lenguaje corriente: “Opinión que comúnmente profesan los más de los autores que han escrito sobre una misma materia.” Del concepto *idea* se dice que es el “primero y más obvio de los actos del entendimiento que se limita al simple conocimiento de una cosa” y, asimismo, “concepto, opinión o juicio formado de una persona o cosa” e “Ingenio para disponer, inventar y trazar una cosa.” Para de-

finir *ideal*, en cambio, escojo la segunda de las opciones: “Que no es físico, real y verdadero, sino que esté en la fantasía” (*Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, 1984).

Esta visita al diccionario simplemente busca tener en cuenta las variables con las que suele presentarse la noción de progreso, una vez que el profesor Bury nos introduce en su historia. Sin embargo, muy pronto, ni siquiera serán suficientes. Y es que, en unos cuantos párrafos, con gran claridad se propone situarnos frente a la fuerza de una idea que desplaza a otra. Sólo que esa desplazada, tiene otro carácter: es *creencia*.

Me refiero a su consideración acerca de que, si bien la creencia ultraterrena no ha desaparecido, no rige más la forma de pensar de quienes la admiten. Es la idea del progreso la que ha modificado el sistema ético del mundo occidental. ¿Cómo no querer investigar su origen? A esta declaración rotunda acompaña otra igualmente definitoria de lo que Bury quiere esclarecer: es la reciente guerra europea, dice refiriéndose a la de 1914-1918, la que ha incentivado a los hombres a pensar en las generaciones futuras, completando con ello un ejercicio de preocupación por la humanidad que ya había sido extendido por el pensamiento de los estoicos y los cristianos. “Esta obligación hacia la posteridad aparece como corolario directo de la idea del progreso”, asegura.

Bury es consciente de la importancia que ha llegado a tener, pero no por ello deja de reconocer en unas breves líneas que, aunque no habían sido respondidas las críticas de treinta años atrás respecto a esta idea directriz, quizás quienes hacía seis años habían dado por semifantásticas las ideas de una posible decadencia de “nuestra civilización occidental”, para el momento en que él escribía ya no estarían tan seguros de tales opiniones, aun contando con la recientemente fundada Sociedad de las Naciones, un sueño de utopistas de otros tiempos. De manera que, en una especie de pensamiento en voz alta, parecía reconocer que la experiencia del acontecer turbaba ya esa idea bien cimentada y muy fructífera a sus ojos, según se puede desprender de sus páginas.

En las que dedica a la “Introducción” aparece algo que considero de la mayor relevancia: la distinción entre dos tipos de ideas. Se trata de colocar por un lado las que dependen de la voluntad humana:

la libertad, la tolerancia, la igualdad de oportunidades y el socialismo, cuya característica es que son objeto de aceptación o rechazo según se juzguen buenas o malas, mas no, verdaderas o falsas. Por otro lado, sitúa las ideas que no dependen de la voluntad humana: “Son ideas referentes a los misterios de la vida, tales como el Destino, la Providencia o la inmortalidad personal”,³ señala, y advierte que pueden determinar y orientar la conducta de los hombres. A diferencia de las primeras, éstas son aprobadas o rechazadas porque se las supone verdaderas o falsas. Es a las últimas a las que pertenece la idea del progreso.

Allí cabe la reflexión que nos permite entenderla más que como una idea, como una auténtica creencia. Se da por hecho; se inscribe como directriz que conduce a una meta deseable, para la cual, los pequeños adelantos que se consiguen en cada tramo de la historia se supone que son trayecto. Sin embargo, la certeza acerca de la meta es imposible. Incluso, Bury insiste en el problema que representa que un arribo feliz a la meta deseada dependa enteramente del hombre. Creer en el progreso, concluye, exige un acto de fe.⁴ Se trata de una idea que pertenece a la misma categoría que las ideas de la Providencia o la inmortalidad personal. Es una idea que contiene una síntesis del pasado y una previsión del futuro.

Otro asunto que pone sobre la mesa en su “Introducción” es que la posibilidad del progreso sólo se da dentro de la idea de que el tiempo se extenderá por miles de años, porque de no ser así, de suponer que la Tierra fuera inhabitable, dice, hacia los años 2000 o 2100, la *doctrina* perdería su significado.

La manera como desde la Antigüedad prevalecieron formas de entender el mundo, que por sus características imposibilitaban la idea de progreso, da la pauta para que Bury explique las dificultades de su surgimiento o bien, una vez que ha surgido, las que enfrenta para mantenerse y establecerse como idea dominante. Se trata de una historia que abarca tal cantidad de expresiones de la cultura que resultaría imposible intentar siquiera un resumen. Para dar una idea somera de su contenido puedo mencionar los títulos de los dieci-

³ *Ibidem*, p. 13. Hay que hacer notar que las dos primeras de estas ideas las escribe con letra mayúscula.

⁴ *Ibidem*, p. 16.

nueve capítulos en los que la divide: “Algunas interpretaciones de la historia universal: Bodino y Le Roy” (p. 43-53), “La utilidad como finalidad del saber: Bacon” (p. 54-65), “El cartesianismo” (p. 66-77), “La doctrina de la degeneración: los antiguos y los modernos” (p. 78-94), “El progreso del saber: Fontenelle” (p. 95-119), “El progreso general del hombre: el Abbé de Saint-Pierre” (p. 120-133), “Nuevas concepciones de la historia: Montesquieu, Voltaire, Turgot” (p. 134-147), “Enciclopedistas y economistas” (p. 148-163), “¿Fue la civilización un error? Rousseau, Chastellux” (p. 164-176), “El año 2440” (p. 177-184), “La Revolución Francesa: Condorcet” (p. 185-197), “La teoría del progreso en Inglaterra” (p. 199-214), “Especulaciones alemanas sobre el progreso” (p. 215-234), “Corrientes posrevolucionarias del pensamiento francés” (p. 235-250), “La búsqueda de una ley del progreso I. Saint Simon” (p. 251-260), “La búsqueda de una ley del progreso II: Comte” (p. 261-280), “‘Progreso’ en el movimiento revolucionario francés (1830-1851)” (p. 281-289), “Progreso material: la Exposición de 1851” (p. 290-298), “El progreso a la luz de la evolución” (p. 299-312). Enseguida aparece un pequeño epílogo (p. 313-314) y una breve sección de notas (p. 315-325) si se consideran las numerosas fuentes a las que alude.

La falta de referencias al futuro, la noción de una Edad de Oro en el pasado y de una decadencia en el tiempo presente, la idea de lo inmutable como superior a lo cambiante, las expectativas de que el aumento de saber sirva sólo para confirmar la revelación de Dios son, por ejemplo, algunas de las cuestiones que impidieron en la Antigüedad o en la Edad Media, el nacimiento de dicha idea. Sólo ciertos casos de pensadores se destacan por aportar algún ingrediente de utilidad. Bury no duda en reconocerlo al señalar todas las limitaciones que se implicaban para dar el paso. Así Séneca o Demócrito, o más tarde, Roger Bacon.

Por supuesto que uno de los mayores obstáculos que registra en distintos episodios de esta historia es el que se desprende de la propensión a dejar en poderes desconocidos, más allá de la capacidad de los hombres, los derroteros de su vida. La idea de *moira* entre los griegos, equivalente a la de un orden fijo del universo, que mantenía las cosas en su lugar, o la doctrina de la Providencia son buenos ejemplos de esto.

Sin embargo, Bury también acepta algunos aportes: la teología cristiana construyó una síntesis que por vez primera trató de dar un significado preciso a la totalidad de los acontecimientos humanos, una síntesis que representa al pasado como algo que lleva hacia un fin definido y deseable en el futuro. Esa síntesis —afirma—, quedó allí para, en caso de desecharla, ir tras una sustitución, más que regresar a la posibilidad anterior. Y, de una importancia semejante para la construcción de la idea del progreso es la concepción del mundo habitado como unidad, la unidad del género humano; idea que se había dado a partir de las conquistas de Alejandro. Un Estado universal, una Iglesia universal, son ideas que se irían después transformando en la concepción de la “interconexión de los pueblos como contribuyentes a un patrimonio de civilización común”, elemento que formó parte del desarrollo de la idea del progreso.⁵

Bury insiste una y otra vez en que cualquier idea de felicidad del hombre en una vida que no sea la terrenal histórica, no contribuye a la idea de progreso; como no lo hace el interés por el conocimiento aplicado al estudio de las Escrituras. De igual modo, denuncia como estorbo todo aquello que toca el ámbito de la astrología y la adivinación. En cambio, son aquellos episodios de pensamiento y ciencia que restauran la confianza en la capacidad del hombre para satisfacer necesidades y procurarse dominio de la naturaleza y felicidad los que van cimentando la famosa idea. Sólo después de emanciparse del peso de la autoridad de la Antigüedad, con el cartesianismo los hombres del siglo xvii entran de lleno en la formulación de la idea, en la procuración de argumentos para convertirla en teoría, en la posibilidad de concretarla como ideal y, paulatinamente, en la ruta que hace de la idea una creencia e inclusive un dogma. No se trata de un camino fácil. Bury se dedica con paciencia a explicarnos por qué. Cada vez que se tropieza con la propuesta de lo inmutable de la naturaleza humana, o que hay una recaída en el pensamiento providencialista, la idea se pone en riesgo. Pero no sólo eso; muchos de los pensadores que colaboran para darle fuerza dejan incompleta la tarea por motivos que puede detallar. En la medida en que se va poblando de imágenes positivas la meta de la historia, crece la con-

⁵ *Ibidem*, p. 32-33.

fianza en que habrá de alcanzarse de manera progresiva. Todo sujeto capaz de formular un argumento útil para el edificio de la idea de progreso es considerado, medido y pesado por Bury. Sin embargo, antes de cerrar su apretada y rica exposición, deja en claro que se trata de una historia que ha ido aparejada, dice, con “el desarrollo de la ciencia moderna, el surgimiento del racionalismo y la lucha por la libertad política y religiosa”. También reitera algo que se repite a lo largo del texto: la certeza de lo que el futuro depara nunca se tendrá; aun la idea de evolución, que tanto significó para reforzar la convicción del progreso, podría tener una lectura optimista o una pesimista.

En fin, es cierto, como plantea Bury en sus últimas páginas, que el *dogma* del progreso ha servido entre otras cosas como un principio ético que lleva a pensar en la posteridad. También es cierto que no ha sido posible descubrir alguna ley que lo fundamente, y lo que resulta indudablemente acertado es su reflexión del epílogo en el sentido de que, para ser consecuentes con la idea de progreso, habría que preguntarse si se puede eximir ese dogma de la ilusión de finalidad, es decir, de esa condición psicológica de haber llevado hasta el límite la capacidad de idear el futuro. “¿No empujará este proceso de cambio, al que llamamos progreso con acento optimista, a que este mismo progreso se caiga de la posición de supremacía en la que hoy, con aparente seguridad, se encuentra instalado?”, se cuestiona. De ese modo se obliga a reparar en el relativismo al que conduce el progreso al ser mirado con sus propios argumentos. Puede ser la idea de progreso la que corresponde a un determinado momento de la civilización, del mismo modo que lo fuera la idea de Providencia para otro.

No hay que olvidar que las palabras de Bury se refieren al origen y expansión o crecimiento de la idea a partir del siglo xvii y se detienen en Spencer y su salto cualitativo respecto a las propuestas de los pensadores dieciochescos, puesto que su búsqueda de las leyes generales de la evolución dejaba muy atrás la simple voluntad del hombre para cambiar el mundo; pero al panorama que contempla, Bury le incorpora un tramo de la propia experiencia vital en la que los acontecimientos de la Primera Guerra algún peso debieron tener. El optimismo celebrado en la dedicatoria, y todo el entusiasmo que le provoca poder seguir de cerca los avatares de la construcción de una

idea que pasa por ser ideal, doctrina, creencia y dogma, no se abstraen totalmente de la duda respecto al fundamento de la idea. Aquí cobra sentido la observación de la primera parte en la que afirma: “el progreso humano pertenece a la misma categoría de ideas que la providencia o la inmortalidad personal. Es una idea verdadera o falsa y, a semejanza de aquellas otras, no puede probarse su verdad o falsedad. Creer en ella exige un acto de fe”.⁶

II

Sesenta años después de que apareciera la obra de Bury, Robert Nisbet publica su propia *Historia de la idea de progreso*. La variante en el título no es gratuita. Si bien es cierto que en los dos casos lo que tenemos es una historia, Bury propone por delante *La idea* y para hacerla clara busca las condiciones de su origen y expansión. En Nisbet, es un imperativo considerar la historia, y lo es porque su perspectiva tiene en cuenta con mucho mayor fuerza la posibilidad de que el reinado de la idea termine, puesto que Nisbet observa con pesimismo el descreimiento en que ha caído.

En el punto de partida, se nos impone una convicción de Nisbet que señala el rumbo de su historia. Se trata de revisar el curso que ha tomado la idea más importante en Occidente desde hace tres mil años. La lista de creyentes en el progreso frente a la de sus detractores es mayoritaria y su presentación se convierte en una clave más para detectar las opiniones y los juicios de Nisbet, que no pierde de vista que la noción de dogma es más apropiada para concebir lo que ha sido el progreso para los hombres: “Los muelles que disparan la actividad humana —la voluntad y la ambición— se apoyan en una serie de ideas acerca del universo, el mundo, la sociedad y el hombre que escapan a todos los cálculos racionales y no tienen relación con los instintos fisiopsicológicos.” Estos muelles —asegura Nisbet— se apoyan en lo que llamamos dogmas.⁷ Sin ellos —cita a Alexis de Tocqueville— ninguna sociedad puede prosperar ni existir.

⁶ *Ibidem*, p. 16.

⁷ Nisbet, p. 25.

Una diferencia con Bury, que el profesor de Columbia se encarga de subrayar desde el principio, es la de considerar, como se desprende del tiempo que le concede a la vigencia de la idea, que en el mundo clásico sí existió una idea de progreso. En este punto, por ejemplo, vale la pena insistir en la importancia que tendría desarrollar una puntual comparación entre las obras.

El asunto es que muy pronto se hace patente la preocupación de Nisbet respecto a la suerte de la idea, como se hace presente también la cuestión, apuntada desde luego también en Bury, de que por progreso se entiende, unas veces, el avance continuo del conocimiento, y otras, la posibilidad de perfeccionamiento de la naturaleza humana que implica la concepción de la felicidad terrena. Lo curioso del caso es que no siempre se unen esas dos formas de concebir la idea e incluso en ocasiones aparecen como incompatibles. Sin el afán de entrar en detalles sobre esto, lo apunto porque considero que en la obra de Nisbet sobresale la preocupación sobre este particular.

Afirma Nisbet que hay que abandonar “para siempre” el supuesto de que los antiguos veían el cambio como enemigo, que la realidad estaba sólo “en lo inmutable y lo gobernado por destino”. En el repertorio que nos ofrece, el primer capítulo dedicado a “El mundo clásico” (p. 27-77) concede apartados especiales a Hesiodo, Esquilo, Protágoras, Tucídides, Platón, Aristóteles, la civilización helenística, Lucrecio y Séneca.

Menos extenso, pero igualmente reivindicativo es el segundo capítulo destinado a “Los primeros cristianos” (p. 78-116), en el que se subraya el interés de éstos por el mundo terrenal, el espíritu de la reforma social, la unidad de la raza humana y el fluir del tiempo, épocas y fases, la necesidad, el conflicto como mecanismo y la idea del final y el principio. Es decir, un reconocimiento al papel fundamental de Agustín de Hipona en la construcción de cimientos para la idea de progreso.

Con subdivisiones indicativas del curso que toma su pensamiento en relación con la cronología de la idea, Nisbet escribe un tercer capítulo dedicado a las “Corrientes medievales” (p. 118-150), en el que el tono sigue siendo de recuperación de actores para la representación de la historia en la que definitivamente cree.

Conforme avanza se hace más evidente su propuesta y más distante en algunos puntos de la presentada por Bury. No quiero detenerme en esta ocasión en los detalles que invitan a la comparación, por ejemplo, del tratamiento que recibe aquí el Renacimiento. “Algunas contracorrientes”, es la frase con la que complementa el título del cuarto capítulo (p. 151-239), en el que pasa revista a Maquiavelo, Erasmo, Thomas More, Francis Bacon y René Descartes.

Todo ello para desembocar en el capítulo quinto, “La gran renovación” (p. 173-239), con el que concluye la primera parte intitulada “Génesis y desarrollo de la idea de progreso”. Frente al opacamiento de la idea que él ve en el periodo renacentista, es la fuerza de la Reforma la encargada de abrir un nuevo periodo de auge: Jean Bodin, la revolución puritana, la *Historia universal* de Bossuet, la asimilación de los viajes y descubrimientos, la disputa entre los antiguos y los modernos, Leibniz y Vico, son uno a uno los temas que dan sustancia a este rico capítulo que concluye con una observación sobre la aceptación viquiana de la Providencia y su papel fundamental en la historia; si bien aunada a esa aceptación está la fe en la ciencia: motor indudable de su *Ciencia nueva*.

El título de la segunda parte, “El triunfo de la idea de progreso”, no hace entera justicia al contenido de los cuatro capítulos restantes de su libro. El sexto, “El progreso como libertad” (p. 254-331), destina un lugar importante a figuras como Turgot, Gibbon, Adam Smith, Condorcet, Godwin, Malthus, Kant, Heine y Stuart Mill, pero entre todos ellos coloca el apartado de “Los padres fundadores”, en el que da cuenta del arraigo que tuvo en los Estados Unidos la idea de avance y vanguardia. Preñada de fe religiosa o secularizada, la vinculación entre progreso y libertad adquirió carta de naturalización americana.

El progreso como poder, tema del séptimo capítulo (p. 333-410), sirve para que desfilen utopías de signos distintos: Rousseau, Saint Simon, Comte, Marx, Herder, Fichte, Hegel y, en medio de ellos, el estatismo y el racismo hacen acto de presencia. En este capítulo Nisbet cierra expresando una vez más su fe en el progreso: “Pese a sus imperfecciones y corrupciones —dice— la idea de progreso ha sido casi siempre una idea noble por haber celebrado los principales logros occidentales en los campos de la filosofía, la religión, la cien-

cia y la historia, y noble, pero, sobre todo, por lo que ha supuesto para los impulsos y aspiraciones de los creadores de la civilización occidental”.⁸

Los dos últimos capítulos del libro son los que desmienten en cierta forma al título de esta segunda parte. “La persistencia del progreso” (p. 411-437), el más breve de todos, busca mostrar cómo, pese a opiniones en contra, la idea de progreso estuvo presente en el siglo xx: no murió con Spencer. Nisbet menciona pensadores que mantienen viva esta idea: ideólogos del neoliberalismo, pero también del Partido Comunista en la Unión Soviética, en China, en la literatura futurista o en Lester Ward. Aún en la visión de la decadencia que formula Arnold Toynbee, advierte la esperanza de progreso. Sin embargo, sólo a un pensador le concede una fe semejante a la de algunos de los hombres del diecinueve que destacaron por su firme creencia en el tan mencionado progreso. Se trata de Theilhard de Chardin con sus ideas de relación entre cristianismo y marxismo. Es decir, se trata de un capítulo en el que se esfuerza por anclar la idea en las expresiones que recoge aquí y allá.

Sin embargo, en el capítulo con el que finaliza, la cuestión no puede ser más elocuente: “El progreso acorralado” (p. 438-486) es un verdadero grito de auxilio. Nisbet señala a los primeros profetas y destaca la manera en que desde el siglo xix los pronunciamientos en contra de la idea resultaron frecuentes: Tocqueville, Burckhardt, Schopenhauer, Nietzsche por supuesto, Kierkegaard, Max Weber. Ya en el siglo xx, Sorel y Henry Adams también muestran sus objeciones a distintos contenidos de la idea de progreso. La desilusión cobra adeptos; los ciclos de que habla Spengler contribuyen a mirar desde ángulos distintos el proceso de la civilización, tan asociado a la famosa idea. La literatura que denuncia la decadencia acude solícita al desprestigio.

Evidentemente, el panorama se va tornando cada vez más sombrío a los ojos de Nisbet. Enumera argumentos para explicarse la crisis y ver si logra poner a salvo la importancia de la idea. En “Renegar del pasado” asegura que en todas las épocas en que ha florecido la fe en el progreso, una de las cosas fundamentales ha sido el

⁸ *Ibidem*, p. 410.

recuerdo del pasado. Por radicales que fueran, los constructores de utopías tomaban en cuenta al pasado. Nosotros, se duele Ni bet, tenemos como civilización una actitud muy diferente. Entre las notas que revelan esa diferencia, Nisbet coloca junto a otras opiniones la suya respecto a que ya no se escribe historia como antes, ni se enseña como antes. En suma, el tratamiento de la historia no contribuye a dar importancia a la tradición: no existe el pasado como dotación de sentido.

Complementan esta trágica visión de la última parte del siglo xx otros apartados que Nisbet destina a describir: “El desplazamiento de Occidente”, en el que ocupa un lugar central la culpa de Occidente, misma que a sus ojos erosiona la fe en instituciones, no sólo políticas, sino sociales, culturales y religiosas. No hay ya instituciones que merezcan confianza. Para pintar todo este cuadro, Nisbet recoge testimonios. En “El ataque contra el crecimiento económico” destaca que hay en sectores cada vez más amplios de la sociedad norteamericana desencanto y hasta hostilidad abierta en relación con el crecimiento económico. Paralelamente aprecia el incremento del miedo a la escasez. La naturaleza no es más esa parte inmutable del mundo que el hombre debía aprender a dominar o adaptarse a ella para obtener el mayor de los provechos. En general, ideas sobre el deterioro del ambiente físico y social se convierten en generadoras del desencanto y el descreimiento.

Nisbet plantea el problema de la realidad y de la idea porque supone que la difusión de estas nuevas perspectivas, de esta ausencia de fe en el progreso resultan dañinas, aumentan la tensión y propician incluso una falta de dinamismo.

Casi para concluir, una nota más de pesimismo nos involucra. Se trata de “La degradación del saber”. La pérdida de prestigio del saber y de los intelectuales le parece uno de los desafíos más graves. Las dudas de los científicos, la burocratización de la ciencia, contribuyen a encaminar al mundo hacia unos derroteros que tienen una notable carga apocalíptica. Aunque es cierto que no están exentos de una dosis de razón.

Nisbet compara la pérdida de posición de los científicos con la de la jerarquía eclesiástica en el siglo xix, y una vez metido en este terreno, arremete también contra las formas de pensamiento

religioso que han ganado espacio y que repudian lo racional para basarse únicamente en planos afectivos, emotivos e incluso físicos. Una cuestión que le parece decisiva por su escala, es la pasión por el propio yo: un egocentrismo y hedonismo exacerbados.

Más allá de la imagen que proyecta, con veinte años de perspectiva, de que el año 2000 para muchos representa el tiempo de la destrucción, ya sea por catástrofe natural o por la acción del hombre mismo, expresión con la que confirma la inclinación trágica de su relato, Nisbet sostiene que el panorama no ofrece casi posibilidades a la idea de progreso. Remata para convencernos con una nota sobre “El sudario del tedio”. Aquí parecen confirmarse predicciones de Tocqueville respecto al aburrimiento que podría producir una democracia igualitaria; pero también patentizarse que la evolución no preparó a la humanidad para el ocio. Nisbet llega incluso a responsabilizarlo de la violencia.

En fin, el cuadro no podría resultar más patético. Por eso se agradece el punto final de un epílogo que nos recuerda en algo los términos en que abre su texto Bury, colmado de optimismo, en comparación con la última parte de éste de Nisbet. El asunto es que para este autor, de manera contundente, la idea de progreso ha estado siempre vinculada a la religión o a las tareas intelectuales derivadas de ella. Desde Hesiodo hasta Teilhard de Chardin, encuentra testimonios de ello. Y como prueba negativa aporta su percepción de que al final del siglo xx, al tiempo que desaparecía la fe en el progreso, se borraba también la fe religiosa.

El debilitamiento de sistemas de pensamiento que sustituyeron en su momento al pensamiento religioso es una preocupación grande para él. Seguramente no le consuela la especulación de Bury, cuando éste asocia la idea de progreso a la de Providencia y se pregunta qué sucederá cuando, como ésta, aquélla pierda su correspondencia con el desarrollo del mundo. No, Nisbet no se conforma, se duele, cree estar situado en la crisis de la idea y percibe el vacío que va a dejar su ausencia. No advierte en el horizonte la idea dominante que pueda hacer las veces de respaldo. Su conclusión, aun cuando resulta predecible, tiene interés en el contexto de esta plática: Nisbet invoca lo sagrado; piensa que constituye el meollo de una verdadera cultura; vuelve a citar palabras del profeta Tocqueville: “Pero a me-

didada que la luz de la fe se va debilitando, también se circunscribe el alcance de la vista humana [...] Cuando los hombres dejan de pensar en lo que ocurrirá cuando termine la vida, caen rápidamente en esta total y brutal indiferencia respecto del futuro que, por desgracia, se acomoda demasiado bien a ciertas propensiones de la naturaleza humana.”⁹

Nisbet se acoge a una esperanza; cree entrever un resurgimiento de la religiosidad, que le parece lógico frente al debilitamiento del hechizo que ejerciera la política por largo tiempo. De hecho, piensa que son tan parecidas la política y la religión que la historia muestra cómo, cuando una pierde fuerza, la otra la gana. De cualquier manera es consciente de que no hace otra cosa sino especular; lo que sucede es que cuenta con la historia como aliada para indicarle que una situación como la que él cree vivir, una situación de crisis, no puede durar indefinidamente.

La aspiración a una nueva cultura, en cuya raíz se encuentre un amplio y profundo sentido de lo sagrado, es el único recurso que le queda para colorear un poco el sombrío cuadro que se dedica a ilustrar en la última parte de su historia.

Pero este cuento no termina aquí, de hecho habría lugar para un sano ejercicio comparativo que tomara como eje las contradicciones, las paradojas y otras tensiones más que pululan en ambos textos. Por lo pronto, sólo quiero recuperar la anécdota de la portada de los ejemplares leídos, que por cierto también resulta un buen tema de comparación. Mientras que el grabado del libro de Alianza Editorial es un homenaje al progreso a la vieja usanza, pues en él concurren la imagen de la fábrica, una estructura bien cimentada que a manera de portal anuncia máquinas de vapor para todo uso, e incluso dos dibujos que ilustran diferentes locomotoras; el dibujo del de Gedisa parece, o una torre de Babel, o una de esas edificaciones que se empeñan en llegar a lo alto, o como la percibí hace varios años, una torre aparentemente firme, que parece inacabada o destruida en la parte más encumbrada. Aunque no sé si esta última percepción se la debo a que antes de comentar las conclusiones de la obra de Nisbet en un seminario que impartía en el Colegio de Historia de la Facul-

⁹ *Ibidem*, p. 491.



tad de Filosofía y Letras, había escuchado en la radio que una de las Torres Gemelas de Nueva York acababa de ser derrumbada por lo que parecía ser un ataque terrorista. “A fin de cuentas, no todo es Occidente”, pensé para mis adentros.

Al respecto sólo añado una reflexión a este primer ejercicio comparativo. Sí, es cierto que seis décadas no son nada en la historia del hombre, y sin embargo, cuán significativas se vuelven para apreciar el mundo de un entorno cultural que parecía resuelto.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS